NOTAS DEL DIRECTOR

En el lapso comprendido entre 1971 y 1974 el Instituto de Ciencias Naturales sufrió sensibles pérdidas por el fallecimiento de naturalistas que contribuyeron al brillo de la Entidad. Se trata de **Armando Dugand Gnecco**, **Enrique Pérez Arbeláez**, **Rafael Romero Castañeda**, **Andrés Soriano Lleras**, **Gabriel Gutiérrez Villegas**, **Luis María Murillo Quinche** y **Carlos Lehmann Valencia**. Nos referimos hoy a los dos primeros; en otros números a los demás personajes.

ARMANDO DUGAND GNECCO

Nació en la ciudad de Barranquilla el 23 de julio de 1906 y falleció en la misma ciudad el 5 de diciembre de 1971. Algunos datos sobre su infancia y juventud los refiere en uno de sus manuscritos que no alcanzó a publicar: "habiéndome criado en Francia y desde muy niño acostumbrado a hablar a diario el francés con mi padre, y siempre con mis maestros y compañeros de escuela, poco conocí el español corriente hasta la adolescencia, y aunque lo hablaba con mi madre y otros miembros de mi familia, hacíalo con plaga de solecismos galicados. Tocóme más tarde seguir mi educación secundaria en los Estados Unidos y de estos años casi completamente dedicado al inglés (el resto del tiempo aprendiendo y hablando el español de mis condiscípulos hispano-americanos, particularmente cubanos, puertorriqueños y mexicanos) resultó una mezcolanza idiomática franco-anglo-hispano-antillana de la cual prefiero no acordarme".

Revistas científicas nacionales y extranjeras, han rendido homenaje a la memoria del Profesor **Dugand**: *Cespedesia* (Boletín científico del Departamento del Valle del Cauca, Colombia) que dirige V. M. **Patiño**, Vol. I, números 1-2, pgs. 11-29, 1972; *Taxon* 21 (2/3): 377-378, 1972. En la primera se detalla el curriculum vitae, inclusive relaciona y publica trabajos que dejó inéditos; la segunda, en nota de J. **Cuatrecasas**, destaca gran parte de su obra científica.

El Instituto de Ciencias Naturales, en acto especial celebrado el 22 de septiembre de 1972, inauguró el "Salón de Estudio e Investigación *Armando Dugand*". Se había convenido que llevaría, entre otros, la palabra el Profesor **Rafael Romero Castañeda**. Lamentablemente **Romero** falleció unos días antes y posteriormente conocimos el discurso que había escrito y del cual transcribimos algunos apartes: "La Universidad Nacional de Colombia y con ella el Instituto de Ciencias Naturales inaugura hoy la Sala *Armando Dugand Gnecco*. En ella se encuentran donadas por el ilustre extinto la biblioteca y las colecciones botánicas, zoológicas y mineralógicas. **Dugand** vivió para la ciencia, para esta Institución y para su familia. Entregó a ellas todo el vigor de su ser ... La ciencia agradecida por la obra fecunda que él realizó, muestra con orgullo su labor grandiosa para estímulo y meta de la juventud y este Instituto".

Del salón "*Armando Dugand*", revisado y complementado por el estudiante Pedro Rodríguez, salió para las páginas de este número de la revista, el trabajo del Profesor

DUGAND titulado *Serpentifauna de la llanura costera del Caribe.* Nuestro principal interés, y como mayor homenaje al Profesor DUGAND, es contribuir a la difusión y terminación de los trabajos que no alcanzó a publicar o a terminar.

Hoy juzgamos a ARMANDO DUGAND en la forma como él mismo lo insinuó en una ocasión en que se presentó a sus discípulos con estas palabras: "tratándose de un auditorio me parece útil hacer esta presentación con el objeto de que ustedes me conozcan, sepan quién soy y qué hago o estoy haciendo y puedan juzgar, si a bien lo tienen, cuáles son las dimensiones que enmarcan mi vida de investigador científico, y cuáles son mis limitaciones. Ni agrando neciamente tales dimensiones, ni las disminuyo con falsa modestia. Otros, y no yo, han de ser hoy o mañana los que las determinen en la historia de la ciencia colombiana. Mi interés científico principal ha sido desde 1930 y seguirá siendo, mientras Dios me dé vida y licencia, el estudio sistemático de la flora y de la fauna...".

Fui discípulo del Profesor DUGAND en un curso de botánica sistemática que dictó durante los años de 1945-1947; en el año de 1972 cúpome la honra de sustituirlo, por designio de la Junta Directiva, como Miembro de Número en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Colombia y de ocupar el mismo sillón número 21 que había sido asignado a él. En un homenaje que la mencionada Academia rindió a DUGAND y otros Miembros fallecidos, me correspondió hacer su elogio, tarea penosa, emocionante pero no difícil ya que al haber sido su estudiante conocía bien "las dimensiones que enmarcan su vida de investigador científico" y de profesor universitario. Un resumen de mis palabras fue publicado en el número 53 de la Revista de la Academia de Ciencias.

DUGAND fue el científico por excelencia y por ende el Profesor que comunicaba sin egoísmo y en forma inteligente. Publicó en revistas nacionales y extranjeras, 95 trabajos botánicos y 26 ornitológicos, todos de indiscutible calidad. Incansable trabajador —según su propio decir— "el tiempo no es un recurso renovable". En su última carta, que me escribió cuando su salud era precaria, decía: "le escribo de contrabando, solo me permiten trabajar dos horas diarias, que ya se han vencido, me tienen como a un canario sin alpiste". Falleció rodeado de su digna esposa e hijos y prácticamente en su "estudio como con afecto lo llamaba"; estudio constituido por una biblioteca especializada en taxonomía y sus colecciones científicas (herbario con muchos *isotipos* de los géneros y especies nuevas que describió) que hoy conservamos con orgullo en la Institución que dirigió por más de una década.

Y termino esta nota, consecuente con el deseo de DUGAND, con un juicio dado por el doctor Enrique Pérez Arbeláez en el libro *Apuntes para la Historia de las Ciencias en Colombia, 1971*: "vino al herbario del Instituto de Ciencias Naturales para sucederme en su dirección después de haber descrito en varias publicaciones muchas de las especies nuevas de la región del Caribe... Afortunadamente la hoja de vida de mi sucesor es la más rica en méritos que pueden presentar botánicos colombianos... Para aguijar a los botánicos nacionales y para llamar la colaboración extranjera, con prestigio para el Instituto, DUGAND fundó las revistas *Caldasia, Mutisia* y *Lozania,* que por su estabilidad y elevado nivel científico constituyeron el mejor exponente del progreso botánico y zoológico, originado en el Instituto... En la historia de Colombia, como promotor del herbario y de las colecciones zoológicas, se debe mirar a DUGAND como el hombre que ha elevado nuestras ciencias naturales al nivel de los países más documentados en Suramérica".

ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

Nació en Medellín el 1º de marzo de 1896 y murió en Bogotá el 22 de enero de 1972. Adelantó en España tres años de estudios en Ciencias Exactas y Físico-químicas; se ordenó de sacerdote en 1925. Su vocación no era propiamente los estudios teológicos, así, al terminarlos, hizo en la Universidad del Rey Maximiliano, en Munich, la carrera de Ciencias Naturales con especialización en botánica, obteniendo en 1930 su diploma de doctor con la distinción de "Summa cum laude". Al regresar a Colombia, son sus propias palabras: "sintió una viva atracción por el servicio patrio de sus estudios y un anhelo de reanudar la labor humanizante y el prestigio de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada que dirigió Mutis y cuya trayectoria se había perdido en los campos hollados de nuestras discordias políticas". A él debemos, principalmente, la iniciación de la publicación de la Flora de Mutis, de la cual se han editado cinco volúmenes y hay unos 6 en preparación. Para ello creó el Instituto Botánico, hoy de Ciencias Naturales, con un plan similar al delineado por Mutis; también planeó y fundó el Jardín Botánico de Bogotá "José Celestino Mutis", al cual dedicó los últimos años de su vida.

Transcribo apartes del discurso pronunciado en la Academia de Ciencias por Lorenzo Uribe-Uribe, S. I. al hacer el elogio de su dilecto amigo PÉREZ-ARBELÁEZ: "sobresalen sus escritos por la densidad de los temas y su lógica. Fruto de una esmerada formación filosófica. Mueve siempre ideas abundantes y sintetiza con singular habilidad los problemas más difusos. Su lenguaje es claro y su castellano rico y correctísimo en los clásicos españoles que repasaba con frecuencia... su puesto natural de escritor hubiera estado en la Academia de la Lengua... los títulos de sus libros y folletos hablan de plantas medicinales, industriales, venenosas; de frutas silvestres; de cultivos básicos; de paisajes y bosques y muchos temas más... Lo separa de Mutis, en el tiempo, siglo y medio, pero es impresionante el parecido que muestran en varios aspectos. Aun en el físico. Estatura procera, 'pronunciada obesidad debida en parte a la larga vida sedentaria; mirada profunda y reconcentrada que insinúa la vasta extensión de sus afanes mentales'. Ambos fueron, con la frase de Caldas, sacerdotes de Dios y de la Naturaleza. Ambos gozaron de la estimación de la sociedad en que vivieron y concluyeron su Carrera en igual ancianidad, a los 76 años con pocos meses de ventaja para MUTIS. Sin duda fue más honda la huella que en su tiempo dejó el español, confinado a un ambiente reducido y de cultura científica incipiente. Pero si hoy se prescindiera de PÉREZ-ARBELÁEZ, de su intensa divulgación científica, de las instituciones que ideó y dirigió o alentó, nuestro progreso en las ciencias naturales distaría mucho del halagüeño nivel a que ha llegado".

Característica de PÉREZ-ARBELÁEZ fue su gran dinamismo y capacidad para crear instituciones útiles y la fecunda labor divulgativa en el campo de las ciencias naturales. Sus mayores obras, o de rigurosa consulta en la botánica, son, a mi juicio, "Recursos Naturales de Colombia; Plantas Utiles de Colombia y el tomo Introductorio de la Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada".

DUGAND, en un discurso durante los actos del jubileo de plata del Instituto de Ciencias Naturales (1963), definió así a su colega PÉREZ-ARBELÁEZ: "Embajador espiritual de José Celestino Mutis, que ha sabido traer a nuestro tiempo el aliento poderoso del insigne sabio, como si fuera la viva reencarnación de aquél".

Apenas cumplimos en este número de *Caldasia* con el luctuoso registro de dos figuras de la botánica que, con sus obras y prestigio, inscribieron sus nombres para que los especialistas se encarguen de las correspondientes biografías.